

Reseñas

HELG, Aline, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia 1770-1835*, Chapel Hill - Londres, The University of North Carolina Press, 2004, 384 pp.

Ulrike Bock *

Colombia es uno de los grandes desconocidos entre los países con un número significativo de habitantes de ascendencia africana. Mientras que Cuba, junto con Brasil y los Estados Unidos, se ha ganado un buen lugar en la investigación de la población de color, la auto-representación de Colombia como primariamente mestiza tiñe también su imagen desde el exterior: pocos saben que Colombia es el tercer país en cuanto a población afroamericana se refiere.

En su nuevo libro, Aline Helg aborda el fenómeno de esa invisibilidad desde una perspectiva comparativa de las investigaciones relativas a las sociedades americanas post-esclavitud y examina la costa caribeña colombiana como una región principalmente caracterizada por una población de color libre y no precisamente por la esclavitud en masa, también conocida como “segunda esclavitud”¹. Con ese enfoque en la región caribeña del actual Estado de Colombia, Helg se sitúa en la tradición de una historiografía que desde principios de los años 90 se ha puesto como objetivo redescubrir la costa Atlántica colombiana como parte del Caribe, en contraposición a una historiografía tradicionalmente andina. Lo peculiar de su aproximación se basa en la puesta en relieve del término ‘raza’ como categoría organizativa. Si para Alfonso Múnera fue un objetivo hacer visible la participación decisiva de la población de color en los movimientos independentistas², Aline Helg recalca la falta de solidaridad de los pardos con los esclavos negros y busca los motivos y las razones que impidieron una resistencia colectiva en la costa Atlántica colombiana. Al mismo tiempo Helg intenta

* Profesora del Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana (IHILA), Universidad de Colonia, Alemania.

- 1 TOMICH, Dale, “The ‘Second Slavery’: Bonded Labor and the Transformations of the Nineteenth-century World Economy”, en RAMÍREZ, Francisco O. (ed.), *Rethinking the Nineteenth Century: Contradictions and Movement*, Nueva York, Greenwood Press, 1988, pp. 103-117.
- 2 MÚNERA, Alfonso, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República-El Ancora Editores, 1998.

romper con un enfoque en las ciudades en particular (especialmente, en Cartagena de Indias) a través de un estudio de la región costera en general, y de esa manera, dilucidar por qué la costa caribeña colombiana no logró construir una identidad regional.

Las respuestas que Helg ofrece a las preguntas formuladas en la introducción se mueven esencialmente entre los puntos opción de fuga, soluciones individuales y posibilidades de ascenso social por parte de la población de color así como la falta de cohesión en las élites blancas. Sin embargo, en la organización del libro, que ofrece en tres capítulos una mirada estructural y panorámica sobre la costa Caribe hasta principios del XIX, estos aspectos temáticos se encuentran un poco dispersos. Así mismo, aun cuando la separación metodológica en tres zonas -frontera, zonas rurales y ciudad- no deja de ser atractiva, en la práctica presenta algunas intersecciones temáticas e inconsistencias en el orden de los subcapítulos.

Helg presenta la costa caribeña como una región débilmente dominada por la Iglesia y el Estado colonial, caracterizada por una baja densidad poblacional y una infraestructura deficiente, así como por comunidades indígenas no controladas militarmente y la existencia de palenques y rochelas. Teniendo en cuenta lo anterior, la fuga -y no la resistencia organizada- fue una alternativa corriente para escapar de las ideas de orden de las autoridades coloniales, respectivamente del ser esclavo. El intento de reintegrar la región en el Virreinato de Nueva Granada a través de cuatro campañas militares y de reorganización que se llevaron a cabo entre 1740 y 1780, tampoco pudo cambiar su carácter de espacio fronterizo.

Paralelamente Aline Helg resalta el papel central de las milicias introducidas en el marco de las reformas borbónicas con el fin de defender la costa Atlántica a partir de 1773. Sin embargo, ya las relaciones demográficas impedían organizar las milicias siguiendo criterios de raza y, con la excepción de la ciudad de Cartagena, se crearon “milicias de todos los colores”, lo cual contrarrestó la polarización y la formación de una identidad basada en la categoría ‘raza’. El funcionamiento de los mecanismos de identificación con el orden social se hizo visible en 1799, con el único intento conocido de una revuelta de esclavos en Cartagena que fue delatada por un miliciano de color.

Las mujeres negras libres, por el contrario, percibían la migración como una forma de mejorar su situación individual. Por esa razón, en las ciudades se constata un excedente de mujeres en contraposición a la región rural predominantemente masculina. La necesidad de subsistir las agrupaba en redes de patronaje y parentesco ritual que -de la misma manera que las milicias- reproducía el orden jerárquico, pero que paralelamente

las incluía socialmente. Dada su mayor presencia en las zonas urbanas, las mujeres esclavas tenían más oportunidades de comprar su libertad o proceder jurídicamente contra sus dueños. Así demuestra Helg que el Código Negro, promulgado en 1789, seguía vigente en Nueva Granada como norma social y como fundamento para el proceder jurídico contra el abuso de esclavos y esclavas aún cinco años después de su anulación.

La debilidad de la élite blanca se debe, según la opinión de Helg, entre otros factores tanto a su reducido número (alrededor de un 10% de la población total) con una distribución geográfica dispersa, así como también a la dependencia militar de la región de las ya nombradas milicias. Además, las élites contrajeron un pacto necesario con las clases más bajas de color a través del uso activo de las redes de clientelismo y de esa manera contribuyeron a que se difuminaran las líneas divisorias basadas en la raza. Helg presenta a su vez las desavenencias dentro de las élites, cuyas identidades estaban fuertemente ligadas a sus ciudades de origen y a sus intereses en conflicto.

Los capítulos referentes a la Primera Independencia (de 1810 a 1816) y la joven República (de 1821 a 1831) se ordenan de manera más cronológica y según los criterios de la historia de los acontecimientos. Al presentar el período de la Primera Independencia Helg trata detalladamente los eventos en las más importantes ciudades como Cartagena, Mompox, Santa Marta, Riohacha y Valledupar, y pone de manifiesto las diferentes constelaciones que impidieron un proyecto regional conjunto. Pero mientras otros estudios³ hacen hincapié en la participación activa de mulatos y negros, así como también la consecución de derechos civiles sin distinción racial en la Constitución de 1812, Helg enfatiza “the inability of the lower classes of color to challenge the white elite” (p. 161). Aun cuando presenta el movimiento en Cartagena y Mompox como uno que trasciende clases y razas, Helg resalta de manera continua el desaprovechamiento de una oportunidad histórica para modificar las jerarquías coloniales de una manera duradera y basada en una solidaridad de ‘razas’. De esta manera, Helg le concede muy poco *agency* a los negros y mulatos libres que participaron en los movimientos independentistas. Ella presenta a estos grupos como esencialmente manipulados por las élites blancas y deplora la falta de cuestionamiento de la esclavitud por parte de la población de color libre. Queda por establecer si un enfoque tan parcial puede ser un planteamiento de estudios innovador.

3 LASSO, Marixa, *Race and Republicanism in the Age of Revolution, Cartagena, 1795-1831*, Ph.D. Dissertation, University of Florida 2002. Véase también LASSO, Marixa, “Haiti as an Image of Popular Republicanism in Caribbean Colombia. Cartagena Province (1811-1828)”, en GEGGUS, David (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, Columbia, University of South Carolina Press, 2001 y MÚNERA, Alfonso, *op. cit.*

En los últimos capítulos Helg investiga las condiciones posteriores a la adquisición de la igualdad formal de los negros y mulatos libres como ciudadanos con derecho al voto en la Constitución de 1821. Helg señala la importancia del “Furchtikone” (ícono del miedo) en Haití⁴ dentro de las élites blancas y con base en dos casos interpreta la operacionalización de esos miedos y temores como estrategia de las elites locales para mantener a los pardos alejados de las posiciones de poder político. Así, el pardo General Padilla también fracasó debido al temor casi maníaco que Bolívar sentía ante una pardocracia. En contraposición con los ejemplos recién mencionados, Helg constata que aún en 1824 en el discurso de Padilla se aprecia una conciencia colectiva basada en las razas, pero que ya en 1828 Padilla se movía fundamentalmente dentro de las líneas políticas de apoyo a Bolívar o a Santander. Para finalizar Helg señala como las diferentes posiciones de las ciudades, que al poco tiempo se polarizarían entre el centralismo y el federalismo, intensificaban la fragmentación interna e impedían consecuentemente la construcción de una identidad regional conjunta.

En suma, en esta obra una gran cantidad de nuevos planteamientos y perspectivas de investigación que aquí no pueden ser considerados en su totalidad (élites, clases bajas, sociedades de frontera, sociedades esclavistas y resistencia, perspectivas de género, investigación de fiestas) son tomados en cuenta. Esto conduce a resultados muy interesantes; sin embargo, la apreciación profunda y extensa de los aspectos señalados disminuye el placer de la lectura, en la medida en que, al incorporar tantas perspectivas de investigación, el texto adquiere un carácter un tanto ecléctico. Dejando de lado estas anotaciones críticas, Helg ofrece una visión general bien fundada destinada a ser una obra de obligatoria consulta de la historia de la costa caribeña colombiana.

4 ZEUSKE, Michael, *Sklavereien, Emanzipationen und atlantische Weltgeschichte. Essays über Mikrogeschichten, Sklaven, Globalisierungen und Rassismus*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2002.

QUINTERO, Inés, *La criolla principal, María Antonia Bolívar, hermana del Libertador*, Caracas, Fundación Bigott, 2005, 160 pp.

Margarita Garrido ★

El libro de la historiadora venezolana Inés Quintero sobre la hermana del Libertador ha llegado a su tercera reimpresión en dos años, lo que deja en claro el gran interés que sigue despertando todo lo relativo a la vida de los grandes hombres de la Independencia. En el caso de esta obra no se trata de la vida de un hombre sino de una mujer, y no de una patriota sino de una realista. Ella no estuvo en el centro de la escena política, y ha gozado sólo de una luz vicaria, lunar, no solamente por su condición femenina, sino por la incomodidad que conlleva la inclusión en el relato nacional, de una hermana de Bolívar y criolla principal sí, pero realista y partidaria acérrima de la desigualdad social.

La obra de Inés Quintero la pone en escena, no propiamente como actriz de reparto, como sus otras hermanas y hermanos, sino en papel autónomo en el que sus acciones en la esfera de lo público nos dan indicios de muchas fisuras del orden patriarcal, tantas veces entendido como monolítico.

María Antonia fue la mayor de las hijas de la familia Bolívar Palacios y Blanco. Nació en 1778 y quedó huérfana de padre a los ocho años y de madre a los catorce. En 1792, tres meses después del fallecimiento de esta última, estando aún bajo severo luto, obtuvo las necesarias licencias y dispensa para casarse con su primo en tercer grado, Pablo Clemente y Palacios. Aportó una dote por la notable suma de 80.000 pesos y tuvo cuatro hijos.

María Antonia manifestó su rechazo a las iniciativas independentistas desde los intentos revolucionarios de Gual y España en 1797 y de Miranda en 1806. No entendió cómo muchos de su familia, incluidos tíos, hermanos y cuñados, que habían participado en el repudio de esos hechos, pasaron a apoyar el movimiento del 19 de abril de 1810, cuando se proclamó la Independencia. A las novedades políticas le siguió el terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, que dejó buena parte de la ciudad en ruinas. Su hermano Simón, unido a la causa patriota, fue derrotado en Puerto Cabello

★ Profesora titular y directora de la Maestría en Historia del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

y Miranda, Dictador Supremo y Generalísimo de las fuerzas republicanas, capituló en julio 1812. Pero el triunfo realista no fue duradero. Un año después, a mediados 1813, su propio hermano lanzó desde Trujillo el decreto de Guerra a Muerte. María Antonia, desoyendo las amenazas, auxilió y escondió en su propia casa a un grupo notable de realistas, y no cambió sus opiniones cuando su hermano entró victorioso en la ciudad en agosto de 1813.

En el año catorce, cuando las tropas realistas se aproximaban a Caracas, la orden de Bolívar fue desocupar la ciudad para impedir su arrasamiento. María Antonia creía que podría hacer valer su lealtad al rey y se oponía a salir. Bolívar la obligó, convencido de que no recibiría clemencia. Vivió con su familia en Curazao hasta 1816, en donde sufrió las privaciones y la marginalidad propias del exilio; escribió en varias ocasiones a la Real Audiencia de Caracas sin ser escuchada. En 1817 se trasladó a La Habana, donde obtuvo de la Real Audiencia de Caracas el desembargo de sus bienes y en 1819, del Rey de España, una pensión de 1000 pesos la cual, por nuevos ruegos, le fue duplicada el año siguiente.

Después del triunfo patriota, y siendo Bolívar el hombre más poderoso de Venezuela, regresó ya viuda a Caracas, motivada muy especialmente por recuperar el control de todos los bienes de la familia. Estos parecían no interesarle mucho al Libertador quien, para su manejo, había dado poder precisamente al hijo mayor de María Antonia, Anacleto, a quien ella misma consideraba inepto e irresponsable.

Desde el año 1822 hasta 1827 la historia de María Antonia fue reconstruida por Inés Quintero sobre la base de su correspondencia con Bolívar, en la que se trata casi exclusivamente de asuntos económicos. María Antonia logró que el Libertador destituyera a su hijo Anacleto del poder que le había otorgado y se lo diera a ella, quien asumió funciones con un gran dinamismo y buenos resultados, ya que logró recuperar casas y haciendas. No obstante, en las cartas de María Antonia, es patente que sus intereses económicos estaban muy por encima de cualquier consideración sobre la suerte de su hermana viuda, de su cuñada viuda y sobrinos. Ella no tuvo ningún reparo en tratar de bribones aun a sus tíos y otros parientes si se oponían a sus intereses. La imagen que queda es la de una mujer centrada en sí misma, con una autonomía que pasa sin reparos a la desobediencia de los designios de su hermano sobre los bienes que le pertenecían a él, y ahora sí, muy interesada en el mantenimiento de su poder político, por cuanto eso le reportaba a ella grandes beneficios. De paso, discrepamos del uso del término hegemonía que hace la autora para referirse al control del poder por parte de Bolívar, ya que este concepto implica la aceptación de un sentido del orden y de un marco discursivo común, en el cual se expresa no sólo la autoridad, sino

también la oposición. En esta medida, no sería adecuado para designar la autoridad de una persona, menos aun en una situación de inestabilidad, en plena guerra.

En las cartas, no obstante, hay indicios de que el pensamiento de María Antonia sigue siendo el de una defensora de la sociedad desigual y jerárquica, pues frecuentemente se lamenta de la pérdida de vigencia de cada uno de los mecanismos que sostenían las diferencias. En su correspondencia están presentes sus continuas protestas por los matrimonios desiguales, por la libertad que su hermano había dado a algunos de sus esclavos (la cual intentó no reconocer), por el deterioro del trato deferente hacia los notables, por la corrupción que denuncia en los nuevos mandatarios, por la pérdida de la predominancia de la Iglesia y de la palabra de los sacerdotes. El diagnóstico permanente es el de caos y la solución, que no deja de proponer, es la del autoritarismo.

No obstante, hay un gesto interesante que curiosamente es el único que ha sido recuperado por la historiografía anterior a este trabajo. María Antonia Bolívar fue enfática en aconsejar a su hermano que no aceptara ser coronado. Siendo este uno de los temas centrales que dividió las opiniones y causó las mayores amarguras a Bolívar en sus últimos años, llama la atención esta clara posición de su hermana, posiblemente motivada en su fidelidad al rey que le impedía admitir una monarquía de cuño revolucionario.

La autora nos sorprende en el último capítulo con una faceta de María Antonia Bolívar que contrasta con sus beligerantes posiciones conservadoras: hay fuertes indicios de que esta mujer tuvo dos hijas naturales, concebidas aparentemente durante los años de su matrimonio con Pablo Clemente, a quienes de manera subrepticia, envió recursos para su sustento, pero jamás reconoció. Sabemos que es un común error de los biógrafos suponer coherencia en todos los actos de sus biografiados o consistencia a lo largo de sus vidas. Y la autora no cae en ello. Si el cambio de actitud de María Antonia Bolívar en relación con la política de su hermano no es difícil de explicar, pues una vez éste detentaba todo el poder no era pensable que ella siguiera oponiéndosele, esta faceta oculta de la vida privada de una persona que juzgaba a los demás sin restricciones y se erigía en guardiana de la honradez y del viejo orden social, sí llama mucho nuestra atención. Su flagrante y repetida trasgresión de la norma de fidelidad matrimonial revela a una mujer que es al mismo tiempo rebelde y tradicional.

Su alarde de autonomía en lo económico se explica por su desmedido interés en los bienes materiales. El ocultamiento de sus adulterios responde a su deseo de conservar

el honor. Esta paradoja se explica si tenemos en cuenta que el honor era ante todo un bien que circulaba en la esfera de lo “público y notorio”, de la reputación, se refería al *status* y a la virtud, pero a la virtud que aparecía a la vista de todos. Si las faltas no eran conocidas, es decir, no eran parte de lo considerado “público y notorio”, aunque pesaran en la conciencia, no deshonoraban, no dañaban el capital simbólico de la familia y el linaje. En este caso, si bien los adulterios constituían trasgresiones a la moral, la religión y la ley, al mantenerlos ocultos, María Antonia salvaba lo que más le interesaba a una criolla principal: su honor. Aparece así una mujer que, mientras demostraba abiertamente (exhibía) su rechazo a todo lo que disolvía el orden desigual y legítimo (sin esconder por ejemplo su aversión a la señora Tinoco, madre soltera de los hijos de su hermano Juan Vicente y su poca consideración con estos ilegítimos), ocultaba sus propias afrentas al orden social patriarcal, religioso y moral.

Si sus hijas nacieron en tiempos del gobierno español, María Antonia Bolívar hubiera podido legitimarlas, solicitando al gobierno colonial unas cédulas de “gracias al sacar”, las cuales permitían inclusive mantener en secreto el nombre de la madre. Pero no lo hizo. No obstante, a diferencia de otras mantuanas que como ella tuvieron hijos fuera del matrimonio, pero cuyos nombres nunca fueron descubiertos ni cuando los padres solicitaron legitimarlos, María Antonia Bolívar sólo pudo impedir la publicidad de sus faltas durante su vida, pues tras su muerte apareció la reclamación de herencia por parte de una de sus hijas ilegítimas.

Casos como el estudiado en este libro contradicen la presunción de que las mujeres no tenían ningún espacio de acción en la sociedad colonial. Algunas, como ella, se resistieron a permanecer marginadas de los negocios y de la política.

El trabajo de Inés Quintero aporta además interesantes luces sobre las vicisitudes de las familias y especialmente de las mujeres en un tiempo fuerte como el del proceso de Independencia. Las vidas de todas fueron tocadas por los eventos públicos. Merece mención especial el cuadro de desolación de las mantuanas en general, con vívidos ejemplos de miseria, abandono, impotencia por haber visto a sus maridos e hijos sacrificados por las armas de uno y otro bando y todos sus bienes perdidos u ostensiblemente desatendidos; o el destino de aquellas doncellas criollas obligadas a contraer nupcias con oficiales del ejército libertador de origen social muy bajo, convertidos recientemente en dirigentes de la nueva república, con quienes, en los designios del nuevo orden, debían procrear hijos que los sucederían en su prominente lugar.

Se trata de una mirada de los sucesos de la Independencia desde las vidas privadas, no sólo desde los afectos y los valores estremecidos por la guerra, sino también desde los

intereses económicos y sociales afectados en un período en el que los mecanismos de reproducción de la desigualdad y las jerarquías están perdiendo su vigencia secular que los hizo tan formidables para mantener las estructuras coloniales. La historiografía más reciente ha revisado la posición muy difundida de que la Independencia fue una cuestión política y no una cuestión social, un cambio de turno de las élites sin implicaciones en la estructura social. Este trabajo aporta elementos importantes para matizar esa postura dual al mostrarnos lo inadecuado de querer separar los campos político y social en la vida y los procesos de los pueblos.

En mi lectura, eché de menos referencias más frecuentes a las fuentes primarias. La autora nos las presenta ampliamente en la introducción pero no las cita para cada caso, por lo que muchas veces nos quedamos con inquietudes respecto de datos o apreciaciones. El libro tiene las virtudes de una obra escrita sobre una persona, siguiendo sus huellas en las fuentes, poniéndolas en un orden principalmente cronológico, separando convencionalmente los temas y estableciendo las relaciones indispensables entre los hechos públicos más notorios y la vida individual. Se echan de menos elementos analíticos desde las perspectivas de la sociología, la antropología, y los estudios de género que hoy circulan en la historiografía y habrían contribuido a una mejor comprensión de la relación entre estructuras y determinismos, y estrategias y prácticas de los individuos, familias y grupos, en la sociedad caraqueña y venezolana durante esos años cruciales de la Independencia.

